

7ª conferencia. Contenido manifiesto del sueño y pensamientos oníricos latentes

Señoras y señores: Como ustedes ven, nuestro estudio de las operaciones fallidas no ha sido vano. Gracias a estos empeños hemos adquirido —bajo las premisas que ustedes conocen! [cf. págs. 91-2]— dos cosas: una concepción sobre el elemento onírico y una técnica para la interpretación de sueños. He aquí la concepción del elemento onírico: es algo no genuino [pág. 100], un sustituto de otra cosa, de algo desconocido para el soñante, como lo era la tendencia de la operación fallida; es un sustituto de algo cuyo saber está presente en el soñante, pero le es inaccesible. Esperamos poder extender esta misma concepción a todo el sueño, que consiste en tales elementos. Nuestra técnica radica en hacer que emerjan, por asociación libre sobre estos elementos, otras formaciones sustitutivas desde las que podamos colegir lo oculto.

Ahora les propongo introducir en nuestra nomenclatura un cambio que nos facilitará los movimientos. En vez de «oculto», «inaccesible», «no genuino»,¹ digamos, dándole la descripción justa, «inaccesible a la conciencia del soñante» o «inconciente».² No entendemos por ello sino lo que puede evocar en ustedes la referencia a la palabra olvidada o a la tendencia perturbadora de la operación fallida, a saber, *inconciente por el momento*. Desde luego, por oposición a ello llamaremos «concientes» a los elementos oníricos mismos y a las representaciones sustitutivas adquiridas por asociación a partir de ellos. Con este bautismo no se enlaza todavía ninguna construcción teórica. El uso de la palabra «inconciente», en cuanto descripción conveniente y fácilmente comprensible, es inobjetable.

Si transferimos nuestra concepción del elemento singular a todo el sueño, tenemos entonces que el sueño como un todo es el sustituto desfigurado de algo diverso, de algo inconciente, y la tarea de la interpretación del sueño consiste en hallar eso inconciente. Ahora bien, de aquí se siguen en-

¹ [*«Uneigentlich»* en todas las ediciones alemanas, aunque por el sentido debería ser aparentemente *«eigentlich»* (genuino).]

² [Véase la 1ª conferencia, pág. 19; el examen de este tema se retoma en la 13ª conferencia, pág. 194.]

seguida tres importantes reglas que debemos observar en el curso del trabajo de interpretación del sueño: 1) No hay que hacer caso de lo que el sueño parece querer decir, sea comprensible o absurdo, claro o confuso, pues nunca será eso lo inconciente que buscamos (más adelante [pág. 115] habrá de imponérsenos una restricción evidente de esta regla). 2) Hay que limitar el trabajo a evocar, para cada elemento, las representaciones sustitutivas sin reflexionar sobre ellas, sin examinarlas para averiguar si contienen algo pertinente, sin hacer caso de cuán lejos nos lleven del elemento onírico. 3) Hay que esperar hasta que lo inconciente oculto, buscado, se instale por sí solo, tal como ocurrió con la palabra trascordada «Mónaco» en el experimento descrito [pág. 101].

Ahora comprendemos también todo lo indiferente que es cuánto o cuán poco recordemos del sueño, pero sobre todo con cuánta fidelidad o incerteza lo recordemos. En efecto, el sueño recordado no es lo genuino, sino su sustituto desfigurado; nos ayudará, por evocación de otras formaciones sustitutivas, a acercarnos a lo genuino, a hacer conciente lo inconciente del sueño. Por tanto, si nuestro recuerdo es infiel, simplemente ha introducido en ese sustituto una desfiguración más, que, por otra parte, tampoco puede ser inmotivada.

Es posible realizar el trabajo de interpretación sobre los sueños propios o sobre los ajenos. Y aun sobre los propios uno aprende más, el proceso resulta más probatorio. Veamos: si se lo intenta, uno nota que algo opone dificultades al trabajo. Uno obtiene por cierto ocurrencias, pero no todo se tolera. Se hacen valer influencias selectivas y de examen. Frente a una ocurrencia, uno se dice: «No, esto no viene al caso, no corresponde aquí». Frente a otra: «Es demasiado disparatada». Y frente a una tercera: «Es algo sin importancia alguna». Y puede observarse, además, el modo en que uno con esas objeciones ahoga y por último destierra las ocurrencias, aun antes de que se hayan aclarado del todo. Así, por una parte se depende demasiado de la representación de partida, del elemento onírico; por la otra, se perturba mediante una selección el resultado de la asociación libre. Si en la interpretación del sueño uno no está solo, si uno hace interpretar su sueño por otro, entonces advertirá con mayor nitidez todavía otro motivo que juega en favor de esta selección no permitida. Es que uno se dice en ocasiones: «No, esta ocurrencia es demasiado desagradable, no quiero o no puedo comunicarla».

Es evidente que estas objeciones amenazan el éxito de nuestro trabajo. Es preciso resguardarse, y esto en la per-

sona propia se hace mediante el firme designio de no ceder a ellas; y cuando se interpreta el sueño de otro, indicándole como regla inquebrantable que no le es lícito excluir de la comunicación ocurrencia alguna por más que contra ella se eleve una de las cuatro objeciones, a saber, que es demasiado trivial, demasiado disparatada, que no viene al caso o es demasiado penosa para comunicarla.³ El promete obedecer a esta regla, y tal vez nos enfademos después por lo mal que mantiene esta promesa en ciertas circunstancias. Al principio nos lo explicaremos diciendo que él, a pesar de nuestro aseguramiento autoritativo, no se ha compenetrado de lo justificado de la asociación libre, y quizá procuremos conquistarlo primero en el plano teórico, dándole a leer ciertas obras o enviándolo a otr conferencias, en virtud de las cuales pueda convertirse en partidario de nuestras opiniones sobre la asociación libre. Pero nos abstendremos de cometer tales desaciertos si observamos que en nuestra propia persona, de cuyo convencimiento estamos bien seguros, emergen las mismas objeciones críticas contra ciertas ocurrencias, objeciones que sólo con posterioridad —en segunda instancia, por así decir— son eliminadas.

En lugar de enfadarnos por la desobediencia del soñante, podemos aprovechar estas experiencias a fin de aprender de ellas algo nuevo, algo que es tanto más importante cuanto menos estábamos preparados a encontrarlo. Comprendemos que el trabajo de la interpretación del sueño se cumple en contra de una *resistencia* que le es contrapuesta y cuyas exteriorizaciones son aquellas objeciones críticas.⁴ Esta resistencia es independiente de la convicción teórica del soñante. Y aun se aprende algo más: se hace la experiencia de que tales objeciones críticas nunca tienen razón. Al contrario; las ocurrencias que así querrían sofocarse se revelan *sin excepción* como las más importantes, las decisivas para descubrir lo inconciente. Es directamente una marca distintiva el que una ocurrencia se acompañe de una objeción de esa índole.

Esta resistencia es algo enteramente nuevo, un fenómeno que hemos descubierto sobre la base de nuestras premisas [págs. 91-2] sin que estuviera contenido en ellas. El hecho de que este nuevo factor se introduzca en nuestros cálculos no constituye, por cierto, una agradable sorpresa. Desde ya vislumbramos que no ha de facilitar nuestro trabajo. Podría inducirnos a resignar todo empeño en el estudio del sueño.

³ [Freud vuelve a esta «regla técnica fundamental del análisis» en la 19ª conferencia, 18, pág. 263, donde proporciono mayores referencias en una nota.]

⁴ [La 19ª conferencia, 18, págs. 262 y sigs., se ocupa detenidamente del tema de la «resistencia».]

¡Algo tan nimio como el sueño y encima semejantes dificultades en vez de una técnica tersa! Pero, por otra parte, estas mismas dificultades podrían estimularnos y hacernos conjeturar que el trabajo bien merece la pena. Por regla general, tropezamos con resistencias cuando desde ese sustituto que constituye el elemento onírico queremos avanzar hasta su inconciente oculto. Tendríamos derecho a pensar entonces que tras el sustituto tiene que haber algo significativo. ¿De dónde, si no, esas dificultades que se empeñan en mantener el ocultamiento? Cuando un niño no quiere abrir su puño cerrado para enseñar lo que encierra, sin duda tiene en él algo malo, algo que no debería tener.

En el instante en que introducimos la noción dinámica de una resistencia en nuestra apreciación de las cosas, nos vemos llevados a pensar que este factor es algo cuantitativamente variable. Puede haber resistencias mayores y menores, y estamos preparados para que también estas diferencias salgan a la luz en el curso de nuestro trabajo. Quizá conjugemos con esto otra experiencia que hacemos en el trabajo de la interpretación de sueños: muchas veces se necesita una única ocurrencia o unas pocas para llevarnos desde el elemento onírico hasta su inconciente, mientras que otras veces se requieren para ello largas cadenas de asociaciones y el vencimiento de muchas objeciones críticas.

Nos diremos que estas diferencias dependen de las magnitudes cambiantes de la resistencia, y probablemente tendremos razón.⁵ Cuando la resistencia es escasa, el sustituto no está muy alejado de lo inconciente; pero una resistencia mayor conlleva mayores desfiguraciones de lo inconciente y, por tanto, una distancia mayor desde el sustituto hasta lo inconciente.

Ahora sería quizá tiempo de tomar un sueño y ensayar en él nuestra técnica, a fin de averiguar si se corroboran las expectativas que depositamos en esta. Muy bien; pero, ¿qué sueño escogeríamos para eso? No saben ustedes cuán difícil me resulta esta decisión, y tampoco puedo indicarles de una manera que les resulte comprensible dónde residen las dificultades. Es evidente que tiene que haber sueños que, en total, hayan sufrido escasa desfiguración y lo mejor sería empezar por ellos. Pero, ¿cuáles son los sueños menos desfigurados? ¿Los comprensibles y no confusos, de los que ya

⁵ [Freud examinó los efectos de una mayor o menor presión de la resistencia sobre la interpretación de los sueños en la sección II de sus «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923c), AE, 19, págs. 112-3.]

presenté dos ejemplos [págs. 87-8]? Andaríamos muy errados si tal creyéramos. La indagación muestra que estos sueños han experimentado un grado extraordinario de desfiguración. Pero si, renunciando a toda condición particular, escojo un sueño al azar, es probable que ustedes se desilusionen mucho. Puede ocurrir que debamos señalar o registrar una multitud tan grande de ocurrencias sobre los elementos oníricos singulares que el trabajo se vuelva totalmente inabarcable. Si ponemos por escrito el sueño y acometemos la redacción de todas las ocurrencias que nos acuden sobre él, estas últimas pueden ocupar una extensión varias veces mayor que el texto del sueño. Lo más conveniente parecería, entonces, buscar para el análisis varios sueños breves, cada uno de los cuales pueda al menos decirnos o corroborarnos algo. Es la decisión que adoptaremos, a menos que la experiencia nos indique dónde podemos hallar realmente los sueños menos desfigurados.⁶

Pero conozco otro modo aun de facilitar las cosas, que, además, coincide con nuestro camino. En lugar de abordar la interpretación de sueños enteros, limitémonos a elementos oníricos singulares y estudiemos, en una serie de ejemplos, el modo en que aquellos son esclarecidos por aplicación de nuestra técnica.

a. Una dama cuenta que de niña soñó con mucha frecuencia que *el buen Dios tiene un bonete de papel puntigudo sobre la cabeza*.

¿Cómo quieren ustedes comprenderlo sin la ayuda de la soñante? Suena totalmente disparatado. Deja de serlo cuando la dama nos informa que siendo niña le solían poner un bonete así estando a la mesa porque no podía dejar de atisbar los platos de sus hermanos para ver si les daban más que a ella. El bonete estaba destinado entonces a hacer las veces de anteojeras. Por lo demás, esta es una información histórica [pág. 96], dada sin dificultad alguna. La interpretación de ese elemento y, con él, de todo el breve sueño se obtiene fácilmente con ayuda de una ulterior ocurrencia de la soñante. «Como había oído decir que el buen Dios era omnisciente y lo veía todo —dice—, el sueño sólo puede significar que yo lo sé todo y todo lo veo como el buen Dios, aunque quieran impedírmelo». Este ejemplo es quizá demasiado sencillo.⁷

⁶ [Véase la conferencia siguiente.]

⁷ [Se informa sobre este sueño en IS, 5, pág. 415.] (Hay diferencias entre ambos textos en el original.)

b. Una paciente escéptica tiene un sueño más largo, en que sucede que ciertas personas le cuentan algo sobre mi libro consagrado al «chiste» [1905c] y lo alaban mucho. Entonces se menciona algo acerca de un «canal», *quizás otro libro en que aparece el canal, o si no algo con canal... ella no sabe... es totalmente oscuro*.

Sin duda, ustedes se inclinarán a creer que el elemento «canal» se quiere sustraer de la interpretación, puesto que es tan impreciso. Aciertan al conjeturar esa dificultad, pero el elemento no es difícil porque sea desdibujado, sino que es desdibujado por otra razón, la misma que nos dificulta la interpretación. A la soñante no se le ocurre nada sobre «canal»; yo, desde luego, tampoco sé decir nada. Tiempo después, en verdad al día siguiente, cuenta que se le ha ocurrido aquello a lo cual *quizá* corresponda, a saber, un chiste que ha oído contar. En un barco que navega entre Dover y Calais conversa un conocido escritor con un inglés, quien en cierto contexto cita el dicho «*Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas*» («De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso»). Y el escritor responde: «*Oui, le Pas de Calais*» («Sí, el Paso de Calais»), con lo que quiere decir que encuentra a Francia sublime y a Inglaterra ridícula. Ahora bien, el *Pas de Calais* es justamente un canal, el Canal de la Mancha. [En realidad, el Paso de Calais está en un extremo del Canal de la Mancha.] ¿Si yo creo que esta ocurrencia tiene algo que ver con el sueño? Por cierto que sí; opino que da realmente la solución del elemento onírico enigmático. ¿O dudan ustedes de que este chiste preexistía al sueño como lo inconciente del elemento «canal»? ¿Acaso pueden suponer que fue agregado con posterioridad? La ocurrencia, en efecto, atestigua el escepticismo que se oculta en la enferma tras sus insistentes y cargosas manifestaciones de asombro,* y la resistencia es en verdad el fundamento común de ambas cosas, tanto de su demora en producir la ocurrencia cuanto de que el elemento onírico correspondiente resulte tan impreciso.

Miren ustedes aquí por la relación del elemento onírico con su inconciente. Es como un pequeño fragmento de eso inconciente, como una alusión a eso; por su aislamiento se volvió enteramente incomprendible.⁸

c. Un paciente sueña dentro de un contexto más extenso: *Alrededor de una mesa de forma particular están sentados*

* (El asombro de la paciente ante las interpretaciones del analista.)

⁸ [El ejemplo b fue incorporado en su totalidad por Freud a IS como una nota al pie, en 1919 (5, págs. 512-3).]

varios miembros de su familia, etc. Acerca de esta mesa, se le ocurre que ha visto un mueble así durante una visita a determinada familia. Después prosiguen sus pensamientos: en esa familia había una relación particular entre padre e hijo; y enseguida agrega que, en verdad, lo mismo sucede entre él y su padre. Por tanto, la mesa ha sido recogida en el sueño para designar este paralelo.

Este soñante estaba familiarizado desde hacía mucho con los requerimientos de la interpretación de sueños. A otro quizá le habría chocado que un detalle tan ínfimo como la forma de una mesa se tomara como objeto de la pesquisa. Nosotros, en realidad, no declaramos contingente ni indiferente nada de lo incluido en el sueño y esperamos obtener información justamente del esclarecimiento de un detalle inmotivado tan ínfimo. Quizás ustedes se asombren todavía de que el trabajo del sueño exprese el pensamiento «en casa ocurre exactamente lo mismo que en casa de ellos» mediante la elección de la mesa. Pero también se lo explicarán cuando se enteren de que la familia en cuestión lleva el apellido *Tischler* (carpintero). El soñante, haciendo que sus allegados tomen ubicación alrededor de esa *Tisch* (mesa), dice que ellos también son *Tischler*. Observen ustedes, de pasada, cuán indiscretos debemos ser por fuerza en la comunicación de tales interpretaciones de sueños. Esto les deja ver una de las dificultades que les mencioné para la selección de ejemplos. No me hubiera sido difícil remplazar este ejemplo por otro, pero probablemente habría evitado esta indiscreción sólo al precio de cometer otra en su lugar.

Me parece llegado el momento de introducir dos términos que habríamos podido usar desde hace mucho. Llamaremos *contenido manifiesto del sueño* a lo que el sueño cuenta, y *pensamientos latentes del sueño* a aquello oculto a lo cual debemos llegar persiguiendo las ocurrencias. Atendamos un poco a las relaciones entre contenido manifiesto y pensamientos latentes del sueño, tal como se muestran en estos ejemplos. Esas relaciones pueden ser muy diversas. En los ejemplos *a* y *b*, el elemento manifiesto es también un ingrediente de los pensamientos latentes, pero sólo un pequeño fragmento de ellos. De un producto psíquico vasto y complicado, incluido en los pensamientos oníricos inconcientes, un pequeño trozo ha llegado hasta el sueño manifiesto, como un fragmento de aquel o, en otros casos, como una alusión a él, como un lema o una abreviación en estilo telegráfico. El trabajo de interpretación tiene que completar, hasta formar un todo, esos jirones o esa indicación, tal cual se logró de manera particularmente limpia en el

ejemplo *b*. Un modo de la desfiguración en que consiste el trabajo del sueño es, pues, la sustitución por un fragmento o una alusión. En *c* puede reconocerse, además, otro nexa que veremos expresado con mayor pureza y nitidez en los ejemplos que siguen.

d. El soñante *saca al descubierto a una mujer* (una mujer determinada, conocida de él) *por detrás de la cama*. El mismo advierte, por la primera ocurrencia, el sentido de este elemento onírico. Quiere decir: da a esa mujer la *preferencia*.⁹

e. Otro sueña que *su hermano está en una caja*. La primera ocurrencia sustituye caja por «armario» (*Schrank*), y la segunda le da la interpretación: el hermano *se restringe* (*schränkt sich ein*).¹⁰

f. El soñante *escala un monte desde el que tiene un panorama extraordinario, amplio*. Esto suena totalmente racional, quizá no haya nada que interpretar ahí, sino sólo averiguar la reminiscencia de que procede el sueño y el motivo por el cual se evocó en ese momento. Pero se equivocan ustedes; se demuestra que este sueño estaba tan necesitado de interpretación como cualquier sueño confuso. En efecto, al soñante no se le ocurre nada sobre escaladas de montes que él hubiera hecho, sino que piensa en la circunstancia de que un conocido de él dirige una «*Rundschau*» (revista; literalmente: panorama, mirar en torno) que se ocupa de nuestras relaciones con los lugares más remotos de la Tierra. Por consiguiente, el pensamiento onírico latente es en este caso una identificación del soñante con el «*Rundschauer*» (el que mira en torno).

Descubren ustedes aquí un nuevo tipo de relación entre elemento onírico manifiesto y latente. El primero no es tanto una desfiguración del segundo cuanto una figuración de él, su expresión en imágenes plásticas, concretas, que toman como punto de partida la literalidad de ciertas palabras. Pero precisamente por eso es de nuevo una desfiguración, pues en la palabra hemos olvidado hace mucho la imagen concreta de que surgió, y ya no la reconocemos en su sustitución por la imagen. Si reparan en que el sueño manifiesto consta prevalentemente de imágenes visuales, y más raras veces de pensamientos y palabras, sospecharán que esta modalidad de

⁹ [Este ejemplo, como el siguiente, gira en torno de una analogía verbal: en este caso, la que hay entre *hervorziehen* (sacar al descubierto) y *vorziehen* (preferir). Tomado de *IS*, 5, pág. 410.]

¹⁰ [Este ejemplo y el siguiente proceden de *IS*, 5, pág. 409.]

la relación cobra particular importancia para la formación del sueño. Ven, además, que por este camino se vuelve posible crear en el sueño manifiesto imágenes sustitutivas para toda una serie de pensamientos abstractos, imágenes que sirven al propósito del ocultamiento. Es la técnica de nuestros acertijos en imágenes. ¿De dónde les viene a tales figuras su apariencia de algo chistoso? He ahí un interrogante especial que no nos hace falta abordar aquí.¹¹

Hay un cuarto modo de la relación entre elemento manifiesto y latente que por ahora debo callárselos, hasta que su lema se nos presente en la técnica. [Cf. pág. 137.] Tampoco entonces les habré dado una enumeración completa, pero bastará para nuestros fines.

¿Ahora se atreven ustedes a intentar la interpretación de un sueño íntegro? Ensayémoslo para ver si estamos suficientemente armados para esta tarea. Desde luego, no escogere uno de los más oscuros, pero sí uno que muestra bien destacadas las propiedades de un sueño.¹²

Muy bien; una mujer joven, pero casada desde hace muchos años, sueña: *Está sentada con su marido en el teatro, un sector de la platea está totalmente desocupado. Su marido le cuenta que Elise L. y su prometido también habían querido ir, pero sólo consiguieron malas localidades, 3 por 1 florín y 50 kreuzer, y no pudieron tomarlas. Ella piensa que eso no habría sido una calamidad.*

Lo primero que nos informa la soñante es que la ocasión del sueño es rozada en su contenido manifiesto. Su marido le había contado realmente que Elise L., una conocida que tenía más o menos su misma edad, acababa de celebrar su compromiso matrimonial. El sueño es la reacción frente a esa comunicación. Ya sabemos [pág. 96] que con respecto a muchos sueños es fácil rastrear una ocasión así de la víspera, y que estas derivaciones suelen ser indicadas por el soñante sin dificultad alguna. Informaciones de igual índole pone a nuestra disposición la soñante, asimismo, respecto de otros elementos del sueño manifiesto. ¿De dónde proviene el detalle de que un sector de la platea está desocupado? Es una alusión a un acontecimiento real de la semana anterior. A

¹¹ [Este tema es discutido en el capítulo VI del libro de Freud sobre el chiste (1905c), AE, 8, págs. 163-6; véase también *infra*, págs. 215-6.]

¹² [El sueño que sigue ya había sido examinado, aunque de manera mucho menos minuciosa, en IS, 5, págs. 416-7, como también en los capítulos VII y VIII del breve trabajo *Sobre el sueño* (1901a), AE, 5, págs. 631-2 y 635. Freud vuelve sobre él en varios lugares a lo largo de estas conferencias; véanse págs. 128, 162, 201-2 y 206.]

ella se le había puesto en la cabeza asistir a cierta función teatral, y para eso tomó entradas muy *tempranamente*, tanto que debió pagar un adicional por reservación. Cuando llegaron al teatro se demostró lo superflua que había sido su precaución, pues *un sector de la platea estaba casi vacío*. Habría bastado con adquirir las entradas el mismo día de la función. Además, su marido no dejó de burlarse de ella por este *apresuramiento*. ¿De dónde viene la cifra de 1 florín y 50 kreuzer? De un contexto por entero diverso, que nada tiene que ver con lo anterior pero igualmente alude a una noticia del día previo. Su cuñada había recibido como obsequio de su marido la suma de 150 florines, y no había tenido nada más urgente que hacer, esa pavota, que correr al joyero y trocar el dinero por una alhaja. ¿De dónde viene el 3? Sobre eso ella no sabe nada, a menos que quiera considerarse la ocurrencia de que la novia, Elise L., es sólo 3 meses más joven que ella, mujer casada ya desde hace casi diez años. ¿Y el disparate de que se tomen tres entradas cuando sólo eran dos? Sobre eso nada dice, nos rehúsa toda ocurrencia e información ulteriores.

Pero ella, en sus pocas ocurrencias, nos ha aportado material suficiente para que sea posible a partir de él colegir los pensamientos oníricos latentes. Tiene que llamar la atención que en sus comunicaciones sobre el sueño aparezcan, en varios pasajes, unas precisiones temporales que fundamentan la existencia de una relación de comunidad entre diversas partes del material. Ella se procuró *demasiado temprano* las entradas al teatro, las tomó *apresuradamente*, y tuvo que pagarlas más; la cuñada se *apresuró* de manera parecida a llevar su dinero al joyero para comprarse una alhaja, como si fuera a *perderlo*. Sumemos a esas expresiones tan destacadas, «demasiado temprano» y «apresuradamente», la ocasión del sueño, la noticia de que la amiga, 3 meses más joven que ella, había conseguido no obstante un hombre de altas cualidades, y la crítica expresada en el regaño a la cuñada: «Es un *disparate* apurarse tanto». Si tal hacemos, nos surge de manera casi espontánea la siguiente construcción de los pensamientos oníricos latentes, de los cuales el sueño manifiesto es un sustituto harto desfigurado:

«¡Fue sin duda un *disparate* de mi parte apurarme así con el casamiento! Por el ejemplo de Elise veo que aun más tarde habría conseguido marido». (El apresuramiento es figurado por su conducta hacia la compra de las entradas y la de su cuñada hacia la compra de la alhaja. El ingresar en el teatro aparece como sustituto del casarse.) Ese sería el pensamiento principal; quizá podemos proseguir, aunque

con menor certeza, puesto que el análisis no habría debido prescindir en estos puntos de los comentarios de la soñante: «¡Y habría conseguido uno 100 veces mejor a cambio del dinero!» (150 florines es cien veces más que 1 florín y 50 kreuzer). Si nos fuera lícito sustituir el dinero por la dote, eso querría decir que es posible comprarse marido con la dote; tanto las malas localidades como la joya reemplazarían al marido. Aún más satisfactorio sería si precisamente el elemento «3 localidades» tuviera algo que ver con un marido. [Cf. pág. 201.] Pero nuestra comprensión todavía no alcanza hasta ahí. Sólo hemos llegado a discernir que el sueño expresa el *menosprecio* por su propio marido y el lamentarse por haberse *casado tan temprano*.

Me parece que el resultado de esta primera interpretación de un sueño nos dejará más sorprendidos y confusos que satisfechos. Es demasiado lo que se ha puesto a nuestra consideración de un golpe, más de lo que por ahora somos capaces de dominar. Ya vamos viendo que no agotaremos las enseñanzas de esta interpretación de un sueño. Apresurémonos a poner de relieve lo que reconocemos como nueva intelección ya asegurada.

En primer lugar: Cosa asombrosa, en los pensamientos latentes el acento principal recae sobre el elemento del apresuramiento; en el sueño manifiesto no hallamos nada de eso. Sin el análisis no habríamos obtenido vislumbre alguna de que este factor desempeña un papel. Parece entonces posible que precisamente lo principal, lo central de los pensamientos inconcientes falte en el sueño manifiesto. Eso no puede menos que modificar radicalmente la impresión que produce el sueño todo. En segundo lugar: En el sueño se encuentra un agrupamiento disparatado, 3 por 1 florín y 50 kreuzer; en los pensamientos oníricos colegimos la sentencia: «Fue un disparate (casarse tan temprano)». ¿Cabe poner en duda que este pensamiento, «Eso fue un disparate», es figurado precisamente recogiendo en el sueño manifiesto un elemento absurdo? En tercer lugar: Una ojeada comparativa muestra que la relación entre elementos manifiestos y latentes no es simple, no responde en absoluto al tipo en que un elemento manifiesto sustituiría siempre a uno latente. Más bien tiene que ser una relación de masas entre ambos campos, dentro de la cual un elemento manifiesto pueda subrogar a varios latentes, o uno latente pueda estar sustituido por varios manifiestos. [Cf. pág. 158.]

En cuanto al sentido del sueño y a la conducta de la soñante hacia él, muchas cosas sorprendentes habría que decir también. Ella admite por cierto la interpretación, pero

se asombra de ella. No sabía que despreciara tanto a su marido; tampoco sabe por qué habría de despreciarlo así. Hay, entonces, muchas cosas aún no comprendidas. Creo realmente que todavía no estamos armados para interpretar un sueño, y que primero tenemos que instruirnos y prepararnos más.